

---

# Presencias del presente

Jorge Lozano

*The time is out of joint.*

WILLIAM SHAKESPEARE

La moda, metrónomo cultural, sólo sabe conjugar el presente. Un presente acentuado para Simmel, un presente vengador para Roland Barthes (con un futuro incierto, preñado sólo de cambio o muerte, y un pasado siempre terrible).

Como Madama Moda (Leopardi), la época actual, postmoderna, tardomoderna, igualmente conjuga sólo el presente (con un pasado siempre irónico y sin futuro, *no future*, como gritaban los Sex Pistols). Presente como un tiempo-ahora, un *jetzt-zeit* (Walter Benjamin) –opuesto al tiempo homogéneo y vacío y al tiempo mesiánico–, un incoativo que anuncia próximas acciones, apenas un instante, un tiempo inasible, el que corresponde al acontecimiento, «humo ilusorio», por decirlo con Braudel («espuma sobre las potentes mareas de la historia, fenómenos de superficie»). También *kairós*, también ocasión, también momento oportuno.

Ambigüedades que se encuentran en el étimo de tiempo, *tempus*, que lo relaciona con *tempestas*, *temperare*, *temperatura*, *temperatio*,

aquel tiempo por el que se preguntaba San Agustín: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; si se lo quiero explicar a alguien que me lo pregunta, ya no lo sé». Y como se señala en el exergo de uno de los artículos que presentamos, a la pregunta «¿Pero qué es el tiempo?», Giorgio Manganelli contestó: «Supongo que una vía por la que transitan los significados».

Ahora que se acerca su centenario, podemos recordar el Manifiesto Futurista, en el que Marinetti proclamó: «El Tiempo y el Espacio han muerto ayer. Vivimos *ya* en lo absoluto, puesto que hemos *ya* creado la eterna velocidad omnipresente», en donde el presente, como se ha dicho, se encuentra *futurizado*, y donde *ya* no hay sino presente. Un presente eterno. O, como se dice actualmente, estamos bajo la égida del *presentismo*.

Un *presentismo* que, en palabras del historiador François Hartog, puede ser visto como un régimen de historicidad, que incluiría las proteicas experiencias del tiempo. El semiólogo Paolo Fabbri, en su artículo «Heterotopías», advierte de un recalentamiento semántico, dado que «contamos el tiempo al revés, hacia el presente», para concluir afirmando: «No es fácil llegar a ser contemporáneos de nuestro presente».

En el texto «Imposible pero real» —expresión de Bataille que hace referencia a una experiencia plena del presente—, el estético Mario Perniola da cuenta de tres acontecimientos «imposibles pero reales»: el mayo francés de 1968, la caída del muro de Berlín en 1989 (y la consiguiente disolución de la Unión Soviética) y el ataque a las Twin Towers del 11 de septiembre de 2001. El autor se inclina a pensar que el *presentismo* occidental acabará en un callejón sin salida sumergido por la inmediatez de la comunicación intermediática (sugiere la posibilidad de orientarse hacia formas de pensamiento como el japonés, que atiende más a lo contingente y lo casual, o a la idea china de un tiempo en espiral).

También en el texto sobre Emily Jacir, León de Oro de la última Bienal de Venecia, la estudiosa del arte Valeria Burgio («Del indicio policial a la reliquia sagrada») describe la instalación de la artista como una biografía del palestino Wael Zuaiter que convierte el material indiciario y las pruebas documentales en «una forma de monumentalidad íntima y discreta».

Se trataría de un verdadero trabajo de construcción de la memoria, todo un régimen de historicidad que tiene en cuenta la propuesta de Michel Foucault de ver el documento como monumento. Tres textos, los que presentamos, que darían razón a Yuri Mijailovich Lotman cuando dice, desde la semiótica de la cultura, que «el presente es una explosión de sentido todavía no desplegado»: potencialmente contiene en sí todas las vías de desarrollo futuro.

Queda planteada una pregunta: ¿cuánto dura el presente?

J. L.

